

primera grandeza, y juramentados todos para derrocar el poder de la reina madre y del privado Valenzuela; fugado el rey de su propio palacio á deshora de la noche, como un niño que se escapa del colegio por huir de la férula de su maestro; llamado otra vez por todos don Juan á Madrid para conferirle el poder como el único redentor y salvador del reino, por tercera vez se presenta el de Austria en las cercanías de la corte con grande aparato; pero no entra, pide desde allí que le sean apartados todos los estorbos; y todo se le allana; y la guardia chamberga se aleja; y la reina madre es enviada á Toledo; y Valenzuela se esconde; y suceden las escandalosas escenas de su prision en el Escorial; y se le encierra en un castillo; y el rey espera á su hermano bastardo con los brazos abiertos; y grandes, y prelados, y nobles, y pueblo, todos aguardan á don Juan de Austria con hosannas y festejos que le tienen preparados. Y cuando ya no hay obstáculo que le detenga, ni estorbo que le embarace, entra don Juan en Madrid, y empuña las riendas del gobierno que tanto ambicionaba.

Ya es dueño del apetecido poder el hombre por todos aclamado; ya domina sin contrariedad al débil Carlos el bastardo príncipe que lleva el nombre de otro ilustre bastardo del linaje de Austria; todos le ayudan, y nadie le estorba; libre y desembarazadamente puede consagrarse el nuevo ministro á sanar los males y cicatrizar las llagas de la monarquía. ¿Cómo corresponde á las públicas esperanzas?

Ensañase don Juan con sus adversarios, pero no recompensa á sus amigos. Largo en venganzas y mezquino en premios, persigue, pero no remunera. Altivo y soberbio, da aire de príncipe mas que de ministro: toma para sí silla y almohada en la capilla, y no da asiento en la secretaría á los embajadores. El hombre de la *Junta de Alivios* cuando era pretendiente, recarga á los pueblos en vez de aliviarlos cuando es gobernante. Los tributos crecen, los mantenimientos menguan. La justicia anda tan perdida como la hacienda, y la guerra tan mal parada como la hacienda y la justicia. Mientras se pierden plazas en Cataluña y Flandes, don Juan se ocupa en proscibir las golillas de los cuellos y en sustituirlas con corbatas. Mientras Luis XIV dispone de la suerte de España en Nimega, don Juan dispone que el caballo de bronce sea trasladado del palacio al Buen Retiro. Fijos el pensamiento y los ojos en el alcázar de Toledo, ni ve, ni oye, ni lee lo que pasa en los Países Bajos, pero ve, oye y lee todos los chismes que de la reina madre le traen ó comunican sus numerosas espías. Nimiamente suspicaz, y puerilmente receloso, el que se suponía con aspiraciones á una corona, desciende al papel de un jefe de policía local. Las sátiras y pasquines que contra él pululan le trastornan el juicio; tómalos por lo serio, castiga en vez de despreciar, y llueven escritos malignos y picantes, que á él le desesperan, y al pueblo le alivian en su desesperación.

Este pueblo, que, como hemos dicho en otro lugar, pasa fácilmente del aplauso al enojo, del entusiasmo al aborrecimiento, y mas cuando ve de tal manera defraudadas sus esperanzas, toma á don Juan tanto odio como habia sido su cariño, y hace escarnio y befa del ídolo que antes habia adorado. Mal correspondida la nobleza que le encumbró, da las espaldas al de Austria, y vuelve otra vez el rostro á la desterrada de Toledo, que con ser caprichosa y avara, orgullosa y vengativa, con ser extranjera y desafecta á España, con haber merecido la abominación general, le parece preferible al príncipe español y conspira para traerla de nuevo á la corte. El pueblo casi echaba de menos á Valenzuela; la grandeza buscaba otra vez á la reina madre: melancólico testimonio del menosprecio en que habia caído el príncipe bastardo, á quien no quedaba mas amparo que el rey, que ni le amaba ni le aborrecía; visitábale en sus enfermedades, pero en los negocios solía decir: *Importa poco que don Juan se oponga*. Sucumbió el de Austria devorado por la pesadumbre de tan universal abandono, y no alcanzó á ver las bodas del rey con María Luisa de Orleans, que él mismo habia negociado con la ilusoria esperanza (que de esperanzas y sueños viven mas que todos los hombres los que reciben mas tristes desengaños), de que habia de encontrar en ella favor y apoyo. El rey ni

sintió su muerte, ni se alegró de ella: no pensó mas que en esperar á su esposa, y en ir á Toledo á buscar á su madre para traerla otra vez á su lado. El pueblo continuó preparando sus fiestas para el recibimiento de la princesa de Francia que venia á ser su reina.

Así se pasó el primer tercio del reinado de Carlos II. Ni un solo pensamiento salvador para esta desgraciada monarquía, ni un solo hombre de estado, ni una sola esperanza de remedio. Nada mas que orgullo acompañado de ineptitud, ambición acompañada de flaqueza y cobardía, genio para la intriga acompañado de incapacidad para el gobierno; que esto y no mas representaba la reina madre, el confesor Nithard, el privado Valenzuela, y el hermano natural del rey. El pobre Carlos II que cumplió la mayor edad para no dejar nunca de ser tratado como niño, víctima inocente de aquellas intrigas y rivalidades, tenia al menos la fortuna de no sufrir, porque tenia la desgracia de no conocer cómo se iba acabando la monarquía. Hasta ahora figuraba tan poco el rey en su reino, que, como habrá observado el lector, apenas hemos tenido necesidad de nombrarle.

Con tan miserable estado en lo interior del reino, ¿qué podíamos prometernos fuera? Si al menos Luis XIV, ya que no acostumbraba á ser generoso, hubiera sido justo....! Mas no pueden ser estas nunca las virtudes del hombre á quien domina una ambición insaciable. El monarca francés, aguijoneado por la codicia y nada atormentado por la conciencia, rasga sin escrúpulo las páginas del tratado solemne de los Pirineos, y por una parte fomenta y protege la guerra de Portugal, y por otra conduce atrevidamente sus ejércitos á los Países Bajos, allí para arrancarnos un reino, aquí para arrebatarnos los menguados dominios que nos quedaban, so pretexto del pretendido *derecho de devolucion* que alega corresponder á la reina su esposa.

No nos maravilla que en menos de tres meses se hiciera el francés dueño de toda la línea de fortificaciones que habia entre el Canal y el Escalda, y que en pocas semanas se apoderara del Franco-Condado. Confesamos su actividad, pero no le atribuimos gloria, porque no hay gloria donde no hay resistencia, y era bien escasa la que podia oponerle el marqués de Castel-Rodrigo. Triste necesidad, pero necesidad verdadera fué para España, si no habia de desatender á lo de Flandes, hacer las paces con Portugal, y reconocer la independencia del reino lusitano, casi ya de hecho reconocida, despues de veintiocho años de estéril y vergonzosa lucha. La pérdida estaba consumada: el reconocimiento no era mas que una formalidad. Aun desembarazada Castilla de aquella atención, habria sido impotente para recobrar lo de Flandes, porque sus fuerzas y sus recursos estaban agotados (1).

(1) «Me he informado particularmente, escribia el embajador de Francia, de los medios que se han empleado aquí para reunir dinero á fin de socorrer pronto á Flandes..... Los señores del consejo de Castilla han dado voluntariamente la mitad de sus emolumentos de un año, que puede calcularse en veinte mil escudos... El de Indias ha dado cuarenta mil en ciertos bienes confiscados que le correspondian. Los demás consejos han seguido la misma proporcion, hasta el de Estado... y he sabido que el marqués de Mortara, que no anda muy desahogado, ha contribuido con mil patacones. Este medio ha podido producir una cantidad efectiva de ciento cincuenta á doscientos mil escudos, que se han enviado á Flandes por letras de cambio, que acaso no serán aceptadas. En cuanto á los otros donativos de personas de categoría, aun no he sabido mas que el del almirante de Castilla de mil pistolas. Sin embargo, la reina ha escrito una carta circular á todos los particulares exponiendo los apuros del reino, y asegurándoles que estará eternamente agradecida por los auxilios que le preste cada uno en esta ocasion segun sus fuerzas. Como este medio es puramente voluntario, no creo produzca mucho dinero, porque ya principia á decirse que eso viene á ser pedir limosna.—Acaba de adoptarse otra resolucíon, que es rebajar aun el quince por ciento á las rentas de los juros por via de socorro: antes les habian rebajado el cincuenta por ciento; en seguida el diez por ciento de la otra mitad; y ahora les quitan el quince por ciento, de modo que el *jurista* ya no cuenta eso en el número de sus bienes, lo que empobrece aquí una infinidad de casas particulares... Tambien se ha dado un decreto para que se paguen cien escudos al año por los carruajes de cuatro mulas, cincuenta por los de dos, y quince por las mulas de paso que los particulares montan por la ciudad. Es cuanto puede hacerse aquí para sacar dinero.»—Despacho del duque de Embrun á Luis XIV.—Mignet, Sucesión, t. II.

Por fortuna la ambición y la osadía de Luis XIV alarma las potencias marítimas; y Suecia, Inglaterra y Holanda, recelosas de tanto engrandecimiento, y temiendo por su propia seguridad, se unen para oponer un dique á tales agresiones, y obligan á Francia á suscribir, á España á resignarse con la paz de Aquisgran. España se sostiene ya de la caridad de otras potencias; pero recibiendo siempre heridas mortales. ¿Qué importa que se le devuelva el Franco-Condado, que no ha de poder conservar, si retiene el francés las plazas de Flandes que le hacen dueño del Lys y del Escalda, y le abren fácil paso á los Países Bajos españoles?

Que el violador de la paz de los Pirineos no habia de ser mas escrupuloso guardador de la de Aquisgran, cosa era que podia preverse. Inglaterra y Suecia ceden vergonzosamente al oro y á los halagos de Luis XIV; y deshecha así la triple alianza, y so pretexto de vengar agravios recibidos de los holandeses, y como si no existiera el tratado de Aquisgran, arrojase el francés sobre las Provincias-Unidas; su primer ímpetu es irresistible, y penetra hasta las puertas de Amsterdam. La invasion de los Países Bajos españoles habia alarmado las Provincias-Unidas; la invasion de las Provincias alarma la Alemania. Aquella produjo la *triple alianza*; esta produce la *gran confederación* entre el emperador Leopoldo, los Estados germánicos, la Holanda y la España.

Vióse entonces un fenómeno notable, y digno de la consideración de los hombres pensadores. Las provincias disidentes de Flandes, que protegidas por Francia y por Inglaterra habian sostenido una lucha sangrienta de ochenta años contra España y el Imperio por sacudir la dominación española; aquella república de las Provincias-Unidas, cuya independencia reconoció por último España, se encontró ahora invadida por Francia é Inglaterra, sus antiguos amigos y protectores, y halló el mas noble apoyo, los mas leales aliados en España y en el Imperio, sus antiguos dominadores y enemigos.

Y es que los papeles han cambiado. Luis XIV de Francia representa en el siglo XVII el que habian desempeñado en el siglo XVI Carlos I y Felipe II de España, el de aspirante á la dominación universal de Europa; y ahora como entonces las naciones por el instinto de la propia conservación se unen para combatir al coloso que amenaza absorberlas. Las sociedades políticas buscan su equilibrio como los cuerpos fluidos; y la necesidad y la conveniencia del equilibrio europeo, sistema nacido en el siglo XVI para atajar la desmedida preponderancia de un monarca español, produce á su vez que España en el siglo XVII reducida á la mayor impotencia encuentre naciones que se interesen en defender lo que aun le resta de sus antiguos dominios. Suecia es vencida en esta lucha. Luis XIV pierde sus conquistas con la misma celeridad que las habia hecho. Inglaterra abandona á la Francia; desampararla tambien el Elector de Colonia y el obispo de Munster, y Luis XIV se queda solo contra todos los aliados. No le importa, y así se cumplen los deseos de su ministro y consejero Louvois, que le estaba diciendo siempre: *Vos solo contra todos* (1).

En esta ocasion acreditó la Francia cuán inmenso era su poder militar: Luis XIV se mostró uno de los mas activos y mas hábiles guerreros de su siglo; y sus generales, Condé, Turena, Crequi, Humieres, Luxemburg, Schomberg, Enghien, Rochefort, Orleans y La Feuillade ganaron infinitos lauros peleando contra todas las potencias aliadas, en la Alsacia y la Lorena, en Flandes y en Henao, en Rosellon y en Cataluña. En las campañas de 1674 á 1679 parecian inagotables las fuerzas de la Francia, y en la persona y en los ejércitos de Luis XIV se veian reproducidos los mejores tiempos de Carlos V. En seis semanas se apoderó por segunda vez del Franco-Condado, para hacerle dominio permanente de la Francia. El príncipe de Condé venia en Senef al de Orange, el mejor general holandés: Turena fatigaba y rendia en

(1) «Si algun emblema ha sido justo bajo todos los puntos de vista, es el que se ha hecho para Vuestra Majestad: *Solo contra todos*.—Testamento político de Louvois, en la Colección de Testamentos políticos, tomo IV.

Alemania á Montecuculi, el mejor general del imperio: Schomberg y Noailles nos tomaban en Cataluña á Figueras y Puigcerdá. La guerra era colosal, y el triunfo coronaba por lo comun el vigor, la actividad y la superior inteligencia de los guerreros franceses.

La desgraciada España, que en medio de su flaqueza y de su desconcierto interior, hacia esfuerzos inverosímiles, como galvanizada por los auxilios de las potencias confederadas, iba perdiendo las mejores plazas del País Bajo español, y solo en Cataluña estaban sirviendo de estorbo á mayores conquistas del francés las hazañas heroicas de los miqueletes del país, que hacían maravillas de valor y de arrojo.

Mas para colmo de nuestro infortunio, hubo necesidad de desmembrar las escasas fuerzas que operaban en el Principado, para llevarlas á Italia. Messina, la única ciudad de Sicilia que habia permanecido fiel á España cuando se sublevaron aquel reino y el de Nápoles en el reinado de Felipe IV, se insurreccionó ahora contra el gobernador español en reclamación de sus fueros hollados. Ahora en Messina, como entonces en Nápoles, fueron abatidos los escudos de armas españoles al grito de *¡Viva Francia! ¡Muera España!* Aquella ciudad aclamó y juró por rey á Luis XIV, como Barcelona algunos años antes á Luis XIII. Allí pelearon tambien por tierra y por mar las tropas y las naves españolas y francesas: sufrimos contratiempos y reveses sangrientos, perdimos una escuadra, y pereció lastimosamente nuestro mas poderoso auxiliar, el famoso almirante holandés Ruyter.

Tal era nuestro miserable estado en Italia, en Cataluña y en Flandes, cuando se estipuló la célebre paz de Nimega, en que á costa de algunas plazas que nos fueron devueltas, perdimos todo el Franco-Condado y catorce ciudades de los Países Bajos. Victorioso en todas partes Luis XIV, tan diestro negociador como incansable guerrero, tuvo habilidad para ir pactando separadamente con cada potencia y obligando á todas. ¿Qué habia de hacer España sino resignarse y aceptar cualesquiera condiciones, viéndose abandonada de las Provincias Unidas, ajustadas ya en convenio separado con la Francia? ¿Y qué habian de hacer el emperador y los príncipes del Imperio sino someterse y suscribir, faltándoles ya todos sus aliados? La paz de Nimega señaló el punto culminante de la grandeza de Luis XIV. Habíase cumplido la máxima de Louvois: *Solo contra todos*.

Con la paz de Nimega comienza el influjo moral de Luis XIV en España. La política de la corte de Madrid muda de rumbo. Deshécese el tratado de casamiento de Carlos II con una archiduquesa de Austria, solememente estipulado y firmado, y se trae para reina de España á María Luisa de Orleans, sobrina carnal de Luis XIV.

V

Reinado de Carlos II: Medinaceli: Oropesa: las reinas: Portocarrero: cambio de dinastía.

La corte de Madrid se divertía en celebrar las bodas, y consumía en fiestas todo lo que venia de Indias. Sin curso los expedientes, sin despacho los negocios, sin movimiento la administración, solo se movían y agitaban los aspirantes al puesto vacante de primer ministro. Pretendíale entre otros un hombre que de simple escribiente, habia ido subiendo hasta secretario de Estado, pero tenia cierto favor y confianza con el rey, por el mérito de haber servido á todos los favoritos anteriores. Dividíanse las influencias y andaban las intrigas entre la reina madre, la reina consorte, el confesor del rey, la camarera de la reina, el secretario Eguía y algunas damas de una y otra reina; hasta hombres graves se mezclaban en esta guerra de favoritismo de mujeres.

El duque de Medinaceli, que se alzó por fin con el primer ministerio, era un hombre amable y dulce, pero tan indolente y perezoso que todo lo remitía y confiaba á las juntas. En la de Hacienda, que era la magna, dió cabida á tres teólogos. Así andaba la administración. La alteración de la moneda y la tasa en los precios de los comestibles y artefactos produjo alborotos populares. Los panaderos cerraban sus tiendas ó dejaban su oficio, y los zapateros se tumultuaban y ponían

en consternación la corte. Al propio tiempo, de todas partes se recibían calamitosas nuevas. Una tempestad hacía desaparecer en el piélago los galeones, el dinero y la tripulación que venían de Indias. Los piratas filibusteros devastaban nuestras posesiones del Nuevo Mundo. El reino de Nápoles estaba plagado de bandidos. Un torrente destruía una ciudad de Sicilia. El mar rompía los diques de Flandes, é inundaba provincias y tragaba poblaciones y comarcas enteras. Lo cual, unido al huracán de Cádiz, que antes había sumido en las aguas sesenta bajeles, al horrible y devastador incendio del Escorial, á las epidemias que habían diezmando las provincias españolas de Mediodía y Levante, y á los desastres de las anteriores guerras, todo parecía anunciar el término y fin de esta desventurada monarquía.

Y todavía el desapiadado Luis XIV, prevaliéndose de nuestro infeliz estado, bajo frívolos pretextos de imaginados agravios, con apariencias pacíficas mal disfrazadas, so color de no observarse por nuestra parte la paz de Nimega, cuando era él el violador de todos los tratados, con mas codicia que razón, y con menos corazón que avaricia, queriendo fascinar á Europa con un manifiesto insidioso, pretendía usurparnos condados enteros en Flandes, acometía á Gerona en Cataluña, intentaba ser dueño de las principales plazas de Guipúzcoa y de Navarra, y sus escuadras bombardeaban á Génova á fin de arrancarla del protectorado español; y lo que ni el fuego, ni la destrucción, ni la sangre pudieron lograr de aquella república, lo alcanzó mas adelante el francés con su engañosa diplomacia.

Aterrados y débiles los demás Estados de Europa, transigen flacamente con el poderoso, y constituyéndose nuevamente en mediadores ponen á España en la triste necesidad de aceptar la tregua de veinte años. La frontera de Francia se extendió desde el Sambre hasta el Mosela, y el mismo emperador tuvo que ceder Strasburgo y Kehl. Nunca tan alto había rayado el poder de Luis XIV.

Entre tanto en la corte de España los reyes y el primer ministro alternaban, como en tiempo de Felipe III, entre festividades religiosas y diversiones profanas, entre novenarios y caerías, entre canonizaciones de santos y representaciones de comedias nuevas; celebraban autos de fe con asombrosa solemnidad y con dispendiosa magnificencia, siquiera para exornar y vestir con lujo el teatro hubiera que traer los soldados desnudos. Tomaban parte activa en las miserables intrigas palaciegas, y miraban como los mas graves negocios de Estado el que el P. Reluz, confesor del rey, fuera reemplazado por el P. Bayona; que á la camarera duquesa de Teranova sucediera la de Albuquerque; y que el duque de Medinaceli fuera sustituido en el primer ministerio por el conde de Oropesa. Esto último podía ser lo de mas trascendencia, y aun esto se debió á la reina María Luisa; que el infeliz Carlos II no hacia otra cosa que oír á todos, y dejarse conducir por quien tuviera mas maña para apoderarse de su ánimo.

Comenzó el ministerio de Oropesa bajo buenos auspicios, y muy parecidos á los que en el reinado de Felipe IV señalaron el principio del gobierno del conde-duque de Olivares. Economías en los gastos; alivio en los impuestos; supresión de empleos inútiles y de sueldos innecesarios; represión del lujo; medidas de moralidad dentro del reino; mas dignidad y mas energía en los representantes de España en las cortes extranjeras; pareció que hasta el entendimiento del rey se había despejado, y que Carlos quería hacerse laborioso.

No dejaban de irse sintiendo en el interior los frutos de una administración regular, y el corazón se abría á lisonjeras esperanzas. En el exterior formóse para enfrenar á Luis XIV la famosa liga de Augsburgo, compuesta del emperador, el rey de España, las Provincias-Unidas de Holanda, los Estados de Alemania, el rey de Suecia y el duque de Saboya. Habían ido abandonando al francés todos sus aliados. No le faltaba ya perder mas que la Inglaterra, y esto no tardó en suceder con la revolución de aquel reino, que produjo el destronamiento de Jacobo II, el protector de los católicos, y la proclamación del príncipe de Orange Guillermo III, el favorecedor de los protestantes. Solo otra vez Luis XIV contra la mayor confe-

deración que jamás se había formado (porque la gran coalición de 1689 era mayor que la liga de Augsburgo en 1686, como esta había sido mayor que la gran confederación de 1673, y esta mayor que la triple alianza de 1668), brindó varias veces con la paz al Imperio y á España, paz que ni aquel ni esta aceptaron. El emperador se hallaba envalentonado con sus recientes victorias contra los turcos; y Carlos de España, que por este tiempo perdió su esposa María Luisa, y contrajo segundo enlace con la princesa alemana María Ana de Newburg, se halló con esto desligado de Francia, y estrechado con nuevos vínculos de familia con Alemania y el Imperio.

A pesar del completo aislamiento en que se vió Luis XIV, acreditó al mundo y á la historia que una gran monarquía, ventajosamente situada, con un soberano enérgico, y con un ejército numeroso y disciplinado, mandado por generales entendidos, puede luchar sola contra muchas naciones confederadas, impulsadas por intereses diferentes y heterogéneos, sin unidad de miras, y sin un plan uniforme y ordenado. Luis XIV arroja resuelta y simultáneamente sus ejércitos sobre Flandes, sobre Alemania, sobre Italia y sobre Cataluña. Allí en los Países Bajos, á presencia del mismo monarca, gana el mariscal de Luxemburg la famosa batalla de Fleurus contra holandeses y españoles, y rinde á Mons y se apodera de Hall con harta desesperación de Guillermo de Orange. En el Rin se defiende el delfín de Francia contra tres ejércitos alemanes. En Italia Catinat penetra de improviso en el Piemonte, vence en Staffarde al de Saboya con su ejército de saboyanos, españoles y alemanes, y se apodera de casi todas las plazas y ciudades de Cerdeña. En España el duque de Noailles nos arrebató diferentes plazas de Cataluña, derrota los ejércitos de Castilla y los miqueletes del país, y el conde de Estrées con una escuadra francesa bombardea á Barcelona y Alicante.

Sin temor ya por Alemania ni por Saboya, cargan las formidables fuerzas del francés sobre Flandes y sobre España. Allí rinde á Namur Luis XIV en persona. Luxemburg gana al de Orange la sangrienta batalla de Steinkerque, complemento de la de Fleurus: dos triunfos que solo podían ser eclipsados por el mayor que poco despues alcanzó aquel insigne mariscal en Neerwinde contra ingleses, holandeses, alemanes, italianos y españoles, á que siguió la rendición de Charleroy, con que puso término á su gloriosa carrera el general mas prudente de su siglo, el mas querido de sus soldados, y cuya pérdida lloró la Francia tan amargamente como la del gran Condé.

El afán de restablecer en el trono de Inglaterra á Jacobo II costó á Luis XIV la pérdida de una escuadra en la Hogue; principio de la preponderancia de la marina inglesa sobre la francesa. Pero Tourville, que supo todavía mantener á buena altura el poder naval de la Francia, volvió pronto por la honra de su pabellon marítimo en las aguas de Lisboa.

Todo era desastres para nosotros en Cataluña. Infructuosos eran los sacrificios del reino; inútiles los refuerzos que iban de Castilla; en vano se sustituían unos á otros vireyes; ó flojos, ó ineptos, ó cobardes, ni el duque de Villahermosa, ni el marqués de Villena, ni el de Gastañaga, ni el conde de Corzana, ni don Francisco de Velasco, ni el príncipe de Darmstadt, contenían los progresos de los generales franceses Noailles y Vendome. Nuestras plazas y fuertes iban cayendo en su poder. Gerona, la invicta Gerona, el baluarte y la esperanza de los catalanes, fué miserablemente abandonada, y vergonzosamente rendida. Solo los naturales del país hacían una resistencia desesperada. Eran los catalanes de todos los tiempos: resueltos y heroicos siempre, cualquiera que fuese la causa que abrazaran. El bronco sonido del caracol que resonaba en las montañas llamando á somaten era el terror de los franceses. Hondos gemidos de dolor y lágrimas de desesperación y de coraje arrancó á todos los catalanes la noticia de haber sido entregada Barcelona al duque de Vendome, y hubo conceller que sucumbió á la fuerza de la amargura y de la pena. La ciudad se había ofrecido á defenderse sola, y acaso se hubiera salvado; pero no le fué otorgado; decretada estaba ya su suerte. La separación del duque de Saboya de la gran liga y su acomodamiento con Luis XIV permitió al

francés descargar con mas desahogo su terrible furia sobre los dominios de España.

Afortunadamente entraba ya la paz en los cálculos del soberano francés: deseábanla mas que él la mayor parte de las potencias confederadas: Saboya se había separado de la coalición; Suecia se había ofrecido á servir de mediadora; Inglaterra y Holanda esperaban salir aventajadas; para España era una necesidad apremiante: y aunque á disgusto y contra la voluntad del emperador, se firmó la famosa paz de Ryswick (1697), teniendo al fin que adherirse á ella el mismo Leopoldo.

¿Cómo había de haberse prometido la infeliz España, arrollada en todas partes, en todas victorioso el rey Luis, salir beneficiada en esta paz, hasta el punto de devolverle generosamente el francés las conquistas hechas en Cataluña; y en los Países Bajos despues de la paz de Nimega y aun de la tregua de Ratisbona? No nos maravilla que se recibiera con universal alegría, mezclada con el asombro de la sorpresa. ¿Pero quién no investigaba una causa? Porque no era Luis XIV hombre que tuviera fama de obrar con abnegación y desinterés, y por pura generosidad. En el tratado de Ryswick parecia haberse olvidado el gran principio de la alianza, el de asegurar á la casa de Austria la sucesión de España. Olvido meditado fué por parte del que prescribió las condiciones; porque si Luis XIV puso fin á la guerra, fué para mejor negociar la sucesión de España. La paz de Ryswick, sin ser el término de sus glorias, fué el punto en que se detuvo su fortuna.

Al fin, en el exterior, aunque España no tenia mas vida que la que le prestaba el egoismo de otras naciones, salvó como milagrosamente los pobres restos de su antigua dominación, merced á los ulteriores designios del que había estado á punto de aniquilarla. Peor y mas irremediable se presentaba su mal en el interior: la gangrena estaba corroyendo las entrañas del cuerpo social: la miseria, la corrupción y la inmoralidad le iban devorando. El ministerio de Oropesa, que pareció el mas decente de los de este reinado, cayó tambien en descrédito por el repugnante tráfico y la vergonzosa granjería que se hacia de todo, sin exceptuar lo mas sagrado. Hasta la misma condesa alcanzó la fama de partícipe en aquel deshonesto comercio.

Por si algo faltaba al cuadro lastimoso que presentaba la corte, vino á darle mas subido color la reina María Ana de Newburg, segunda esposa del rey, altanera, antojadiza, codiciosa, entremetida en negocios, y enfermiza además. Vióse, pues, el infeliz Carlos colocado entre dos reinas, ambas alemanas, ambas dominantes y soberbias, ambas caprichosas y avaras, dadas las dos á la intriga y al enredo, de que constituían dos focos. La primera víctima de la nueva reina fué el ministro Oropesa, contra el cual se conjuraron tambien un confesor lleno de codicia y falta de conciencia, un secretario y un prelado ingratos, un embajador avieso, y varios magnates envidiosos. Resignóse, pues, Carlos á separar al de Oropesa, haciéndole protestas de afición y de cariño. Y era verdad que Carlos queria bien al de Oropesa, como había querido bien á Nithard, á Valenzuela, á don Juan de Austria y al de Medinaceli; como queria bien á Matilla y al de Lira. Carlos queria bien á todos; era incapaz de querer mal á nadie, pero los apartaba de su lado si otros no los querían bien.

Con la caída de Oropesa pareció haberse extinguido en la corte y en el palacio de los reyes de Castilla todo sentimiento de dignidad y toda idea de pudor. La nueva reina alemana quedó dominando con sus influencias. Rubor causa recordar los nombres con que el pueblo alto y bajo designaba en las calles y en las tertulias, en las conversaciones y en los escritos, en los libelos y en los salones, estas influencias bastardas y ruines. *La Perdiz, el Cojo y el Mulo* llamaba á estos personajes de siniestro influjo, que todo lo vendían desvergonzadamente, empleos, dignidades y honores. Pero *la Perdiz* había sido hecha baronesa de Berlips; *el Cojo* obtuvo los honores de consejero de Flandes, y *el Mulo* era secretario del despacho (1). Todo iba así, merced á la reina y sus dos confi-

dentos. El pueblo lo lamentaba y lo sufría; los grandes lo sentían y lo toleraban. Los ingenios de la corte desahogaban su disgusto en sátiras amargas, y el vulgo le expresaba cantando coplas horriblemente cáusticas (2).

Cosas pasaban tan de bulto, que al mismo Carlos le sacaban de su apatía y apocamiento, y aguijado por el escándalo (porque él era bueno, y juicio recto no le faltaba), daba algunas muestras de resolución y de energía, apartando influencias perniciosas, y queriendo remediar los males por sí mismo. Mas luego le postraba su enfermedad habitual, le faltaban las fuerzas del cuerpo, le abandonaban las del espíritu, y volvía á caer en la misma inacción. Los alivios eran pasajeros y fugaces; la enfermedad del rey pertinaz y crónica; á la del reino no se le veía remedio ni cura.

La Junta Magna de Hacienda dictaba algunas providencias útiles, pero no se ejecutaba ninguna. Se pensó en abolir las mercedes de por vida, y hasta lo que se llamaba el bolsillo del rey. Mas no estaba ya harto agotado el bolsillo de un rey á quien poco tiempo antes no habían querido los mercaderes fiar las provisiones de la cocina real, y cuando sesenta palafreneros se habían salido de las reales caballerizas por deberseles los salarios de cerca de tres años, teniendo el caballero mayor que valerse de los mozos de esquina para limpiar los caballos del rey?

Agotados los recursos, y siendo el único que producía algo el derecho de las puertas y aduanas, hubo artículos que se recargaron hasta el doscientos, y aun hasta el cuatrocientos por ciento de su valor (3). Y para reprimir el contrabando que tan desmedido impuesto producía fué para lo que se inventó acordonar Madrid con un cuerpo de quinientos caballos que se hizo venir de Cataluña; sobre lo cual se escribieron tambien no pocas sátiras, ridiculizando al corregidor Ronquillo (4).

tos del regir, se publicaron unas endechas alusivas á estos tres personajes, que empezaban:

Piés del reino es un Cojo;
Una Perdiz las manos;
Un romo es la cabeza;
Miren por Dios qué tres, si fueran cuatro.

Y entre otras, contenía las estrofas siguientes:

Con estos piés España
Anda de pié quebrado,
Haciendo reverencias,
Sometida á cualquiera leve amago...
Manos para sangrías,
Sútiles cirujanos,
Que hasta que sangre no haya
Sangrarán sin sentir al real erario...

(2) Como una que decía:

Rey inocente;
Reina traidora;
Pueblo cobarde;
Grandes sin honra.

(3) Memoria del conde de Rebenac, embajador en España.

(4) Hé aquí algunas de ellas:

Lo cierto es que al buen Ronquillo
no le ha de estar mal su ardid,
y el cordon para Madrid
será para su bolsillo.
Va que se enoja de oillo,
y nos quiere persuadir
que esto puede producir
para conquistar á Argel;
y va que me... en él.

Dice han de dar los montados
á las rentas mas valores,
y si los arrendadores
quebrearen, les trae soldados
Va que por ello obligados
la taberna y el figon
le ofrecen sueldo y blason
de teniente coronel;
y va que me... en él.

(1) Con el título de: *Lágrimas del vulgo cuerdo en llorar los desastres*.